

“Tiempo es que dejes ya la culta Europa”. Andrés Bello y la tradición clásica en Venezuela

Mariano Nava Contreras

*...ego apis Matinae
more modoque*

*grata carpentis thyma per laborem
plurimum circa nemus uvidique
Tiburis ripas operosa parvus
carmina fingo*

HOR. IV 2

Resumen

A través de un acercamiento a la historia colonial venezolana, es posible advertir la importancia fundamental que la tradición grecolatina tuvo en la conformación de la cultura de la antigua Capitanía General. Este trabajo intenta relacionar la obra de Andrés Bello con esta tradición, y demostrar que este aspecto fundamental de la obra de Bello, la influencia grecolatina, fue adquirido en una primera etapa de formación caraqueña.

Abstract

Looking closer to Venezuela Colonial History, it is evident the fundamental importance of the Greek-Latin tradition on the cultural development of the Captaincy General. This text intends to correlate the literary work of Andres Bello with this tradition and demonstrate that this particular aspect of Andres Bello work, the Greek-Latin influence, was adopted during his early Venezuelan period.

Resumo

Através de uma aproximação à história colonial venezuelana, é possível ver a importância fundamental que a tradição greco-latina teve na conformação da cultura da antiga Capitania Geral. Este trabalho tenta relacionar a obra de Andrés Bello com esta tradição, e demonstrar que este aspecto fundamental da obra de Bello, a influência greco-latina, foi adquirida numa primeira etapa de formação caraquenha.

Palabras clave

Andrés Bello
Tradicón grecolatina
Venezuela
Historia colonial
Literatura de la Independencia

Keywords

Andres Bello
Greek-latin tradition
Venezuela
Colonial history
Independence litterature

Palavras chave

Andrés Bello
Tradição greco-latina
Venezuela
História colônia
Literatura da Independência

No creo que la transmisión y posterior cultivo de la tradición clásica en el territorio colonial de lo que hoy es Venezuela haya tenido otras etapas diferentes de las que tuvo en el resto de las provincias de la América española, a saber, una primera introducción informal de las letras latinas, a través de los libros que trajeron las primeras personas cultas en llegar al Nuevo Continente, y después el establecimiento progresivo de lugares de estudio según los requerimientos y el desarrollo de los distintos centros urbanos. Este proceso de la fundación de las distintas instituciones educativas debió haber sido igualmente progresivo, según lo atestigua la historia colonial, pasando de los primitivos conventos y claustros a los primeros seminarios, y de allí finalmente a la fundación de las primeras Universidades. Es esta, *grosso modo*, la historia del desarrollo de los estudios clásicos durante la Colonia en Venezuela.¹

¹ Leal, I., *Historia de la U.C.V.*, Caracas, 1981, pp. 43 ss.

Idelfonso Leal² ha rastreado los títulos que por estos primeros años entraron al país, demostrando que en las bibliotecas de las familias adineradas venezolanas privaba el gusto por los clásicos latinos principalmente. Al dividir su investigación en dos períodos coloniales, uno para el siglo XVII y otro para el XVIII, Leal se refiere al primer período del siguiente modo:

La literatura ocupa el segundo lugar entre las disciplinas que más llamaron la atención a los colonos venezolanos del siglo XVII. Hubo un gusto muy marcado por deleitarse con la prosa de los grandes escritores clásicos (Ovidio, Virgilio, Terencio, Tito Livio, Cornelio Tácito, Séneca, etc.) [...] Nótese también la preponderancia avasalladora de Elio Antonio de Nebrija, cuya obra *Introducciones in latinam grammaticam* (Salamanca, 1481), en cinco libros, tuvo muchas reimpresiones y dio lugar a muchos compendios que se conocían con el nombre de ‘Arte de Nebrija’³.

En este respecto, la lingüista venezolana María Josefina Tejera⁴ hace una aclaración que, aunque pueda parecer obvia, nos ayudará a ponderar la importancia que tiene la inclusión de este último título:

Cuando en los catálogos de los libros de la colonia se mencionan ‘las artes’ de Nebrija se alude a los libros para aprender latín, y cuando se menciona al ‘Vocabulario’, se alude al diccionario español-latín. Se dice que Nebrija fue el autor más leído de la colonia, pero habría que aclarar que estos libros de Nebrija eran obras instrumentales para aprender latín, y para traducir del latín al español o del español al latín.

Motivado por el auge económico que florece en las colonias hispanoamericanas en el siglo XVIII, y que en Venezuela va a estar específicamente causado por el incremento de la producción y exportación del café y del cacao, así como del intercambio comercial que los estrechos límites de las ordenanzas coloniales permitían, las listas de los libros importados a Venezuela van a variar considerablemente. Esto refleja la variedad de los gustos y amplitud de la cultura de la clase enriquecida que los hace traer. Aparecen en efecto ahora nombres como el del Abate

² *Libros y bibliotecas en Venezuela colonial. 1633-1767*, Caracas 1979.

³ *Ibid.*, p. 58.

⁴ Tejera, M. J., “La decadencia del latín como lengua del saber en Venezuela”, *Praesentia. Revista Venezolana de Estudios Clásicos*, 1 (1995): 359-380.

Raynal, Rousseau o Montesquieu, por obvias razones ya no en las listas confeccionadas por la aduana de Sevilla, sino en las listas y testamentos que quedan de la época. Esto no será, empero, en desmedro de la preferencia por las obras clásicas grecolatinas:

Todavía en la segunda mitad del siglo XVIII perdura el gusto por la lectura de los clásicos latinos y griegos. Familiares fueron a los lectores de las provincias de Venezuela los nombres de Horacio, Virgilio, Cicerón, Cayo Suetonio, Valerio, Justo Lipsio (sic), Séneca, Marcial, Homero, Luciano, Heliodoro, etc. Con deleite se leyeron la 'Historia Universal' de Trogo Pompeyo, por Justino; los 'Comentarios' de Julio César, las 'Antigüedades Judaicas', del historiador judío Josefo Flavio; la obra 'De officiis' de Cicerón; las 'Metamorfosis' de Ovidio, las tragedias de Séneca o el poema épico 'La Farsalia' de Marco Anneo Lucano o los 'Epigramas' de Marcial.⁵

Si bien estas listas se refieren a los textos mayoritariamente de literatura e historia antiguas, hay que tomar en cuenta que también por esta época ingresó al país un considerable número sobre otras materias cultivadas con un interés no menor. Así, puede encontrarse una gran variedad de libros eclesiásticos, que al decir verdad eran los más numerosos, tales como los que versaban en Cánones, ciencias y filosofía, Aristóteles, Tomás y Agustín a la cabeza, pero ya veremos que también otros muchos.

Es de pensar que, debido a este creciente interés de las clases pudientes por las letras y la cultura, pronto se pensara en el establecimiento de lugares para el cultivo formal de estos estudios. A tal fin se siguieron fundando Cátedras y Casas de Estudio de Latinidad a lo largo del territorio de lo que hoy es Venezuela. Es verdad que estas casas de instrucción se estaban instituyendo en el territorio casi conjuntamente con la Conquista, a la par de los primeros centros urbanos y las primeras instituciones. Hay noticias del funcionamiento de unos cursos de latinidad impartidos en Trujillo por el Obispo Fray Pedro de Agreda ya desde el año de 1576; pero el más importante precedente lo constituye la fundación, en el año

⁵ Leal, *op. cit.*, p. 113. En realidad, Justo Lipsio no es un autor clásico grecolatino. Leal se refiere sin duda a Justus Lipsius (1547-1606), el filósofo y crítico flamenco al que se deben famosas ediciones de los clásicos, Tácito y Séneca principalmente.

de 1629, del Colegio de San Francisco Javier de Mérida, regentado por los jesuitas, y que puede ser considerado el primer gran colegio venezolano. Allí impartieron cátedra destacados latinistas italianos, españoles y criollos hasta la expulsión de la orden en 1767, es decir, durante 139 años ininterrumpidos.⁶

A lo largo del siglo XVIII esta tendencia se intensifica, fundándose numerosas cátedras y cursos de latinidad. En esta labor destaca el Obispo de Caracas, Mariano Martí, quien fundó nueve de éstos en La Guaira (1772), Maracaibo (1775), Carora (1776), Trujillo (1777), Guanare (1778), Calabozo (1780), Villa de Cura (1780), Villa de San Carlos (1781) y Valencia (1782). Igualmente se debe incluir aquí el fallido intento de establecer un colegio jesuita en Coro, en 1753, el cual consistía en una Cátedra de Latinidad, así como la creación de Cátedra de Latinidad de Cumaná, creada por Real Cédula en 1759.

En 1785, dieciocho años después de la expulsión de los jesuitas y la clausura del Colegio de San Francisco Javier, el Obispo de Mérida, Fray Juan Ramos de Lora, funda el Colegio Seminario de San Buenaventura de Mérida, embrión de lo que hoy es la Universidad de Los Andes. En sus actas de constitución, el Obispo Lora dispone que haya “un maestro cuyo oficio ha de ser enseñar la lengua latina a los jóvenes (...) y promoviendo con la mayor aplicación y esmero el aprovechamiento de sus discípulos”.⁷ Por Real Cédula del 20 de marzo de 1789, el Rey concedió el título de Real Seminario al Colegio emeritense, estableciéndose formalmente una Cátedra de Latín que tenía como texto fundamental los libros cuarto y quinto del “Arte de Nebrija”.⁸ En 1795 la Cátedra se dividió en Menores y Mayores y Elocuencia, siguiendo la regla de Donato, que a la sazón constituía el modelo de los *pensa* de los estudios de latinidad desde el Medioevo. En esta forma se mantuvieron estos estudios hasta comienzos de este siglo, en el seno de lo que se llamó la Facultad de Ciencias Filosóficas.

⁶ Del Rey, J.; Samudio E., y Briceño, M., *Virtud, letras y política en la Mérida colonial. Biografía del primer colegio de Humanidades en Venezuela*, Mérida, 1995.

⁷ Chalbaud Cardona, E., *Historia de la Universidad de Los Andes*, Mérida 1966, tomo I, p. 94.

⁸ Porrás Cardozo, B., *El ciclo vital de Fray Juan Ramos de Lora*, Mérida, 1992, p. 104; LEAL, I., *Documentos para la historia de la educación en Venezuela*, cit. por Tejera, *op. cit.*, p. 362; Rodríguez, Á., *La Universidad en la América Hispana*, Madrid, 1992, pp. 287-293.

En Caracas, aunque es sabido que el latín fue cultivado anteriormente en escuelas, cátedras de gramática y conventos, no es sino hasta 1696 que se funda oficialmente el Real Seminario de Santa Rosa, con dos Cátedras de Teología (Prima y Moral), una de Filosofía y dos de Gramática (Menores y Mayores o Elocuencia), al igual que la de Mérida. Consta sin embargo que este Seminario venía funcionando, si bien en forma extraoficial, desde 1664.⁹ Allí se enseñaba a los jóvenes a seguir clases, hablar y escribir en latín, como parte de su formación sacerdotal. En 1725, sesenta años antes que el Seminario de Mérida, se instaló la Real y Pontificia Universidad de Caracas, cuyas constituciones, dictadas por el obispo Juan José Escalona, seguían muy de cerca las constituciones salmantinas.¹⁰ En el anexo de la Universidad siguió funcionando el Colegio. Tejera refiere someramente el carácter de estos estudios:

Todas las clases, por supuesto, se impartían en latín, los alumnos tomaban apuntes en latín, los libros estaban escritos en ese idioma, los exámenes eran en esa lengua y las tesis de grado, por supuesto, eran redactadas también en latín.¹¹

Leal, por su parte, muestra la situación curricular de los estudios de latinidad en la Universidad caraqueña por estos tiempos,¹² si bien no se mantuvieron en forma invariable. Un curso de latín y otro de filosofía eran los estudios básicos sin cuya aprobación era imposible acceder a las carreras de Teología, Derecho y Medicina:

Todo estudiante estaba obligado a cursar dos años de latín: uno en la cátedra de Menores y otro en la de Mayores y Retórica. En la cátedra de Menores el catedrático exponía los tres primeros libros de Antonio de Nebrija (...) Aprobado este curso, el alumno ingresaba a la de Mayores y Retórica a instruirse en el cuarto y quinto libro de Nebrija y a comentar los versos de Virgilio. Cuatro meses antes de finalizar el año escolar, el profesor explicaba un breve cursillo de Retórica “a los que estuvieran hábiles para ella”.

⁹ Oviedo y Baños, J., *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, Caracas 1824 (reimpr. Caracas, 1992), p. 235.

¹⁰ Rodríguez, Á., *op. cit.*, pp. 252-254.

¹¹ *Op. cit.*, pp. 365-366.

¹² *Historia de la U.C.V.*, pp. 58-59.

En el plano filosófico, no debió ser menos interesante la situación de Caracas en estos comienzos del siglo XVIII. No debe menospreciarse en este respecto la actividad de los conventos que se instalaron en la ciudad. Hacia el año de 1723, en que termina su *Historia*, Oviedo y Baños cuenta tres grandes conventos en la ciudad: el de los dominicos, con cuarenta religiosos; el de los franciscanos, con cincuenta, y el de los Mercedarios, con dieciséis. Esta cantidad, que podría parecer alta para una ciudad de apenas mil habitantes blancos (que eran los que, junto a los blancos criollos, tenían derecho al estudio), se comprende si pensamos que estos frailes tenían que turnarse en las visitas a las diferentes misiones del interior de la provincia, y además, tenían que impartir clases, no sólo a los estudiantes conventuales, sino a exteriores. Por otra parte, si pensamos que tanto Franciscanos como Dominicos se tenían por los auténticos intérpretes, no sólo de Tomás, sino incluso de las doctrinas de Agustín y del mismo Aristóteles, comprenderemos que la ciudad era teatro de fértiles contiendas, las cuales tenían por escenario natural la Cátedra de Filosofía con que entonces contaba el Seminario.¹³ Es de suponer que tales condiciones prepararon el florecimiento del especial interés por el debate filosófico que observan algunos historiadores y cronistas de la segunda mitad del siglo XVIII en la Universidad de Caracas.

Dos de los profesores que por esta época impartieron cátedra en el claustro caraqueño fueron Antonio José Suárez de Urbina y su discípulo Francisco de Urbina, ambos, curiosamente, sin nexo familiar alguno. Sus cursos de filosofía se conservan gracias a los esfuerzos de sus diligentes discípulos, Francisco José de Navarrete y Juan Antonio Navarrete, respectivamente, en sendos manuscritos que aún permanecen prácticamente inéditos.¹⁴ Estos *Cursus* acusan marcadamente las

¹³ Treinta años después de fundada, la Universidad caraqueña cuenta con las mismas cinco cátedras con que contaba el antiguo Seminario, a saber, dos de teología, una de filosofía y dos de gramática, “donde cultivados los ingenios, como por naturaleza son claros y agudos, se crían sujetos muy cabales, así en lo escolástico y moral, como en lo expositivo”. Oviedo, *idem*. Por otra parte, la asiduidad de los escolares caraqueños a las contiendas retóricas que para entonces se celebraban en la Universidad está suficientemente documentada. Véase Piacenza, E., “El *ars disputandi* de un manuscrito caraqueño”, *Apuntes filosóficos*, 5, 47-59 y Gracia, J., “El escolasticismo: un puente entre la antigüedad clásica y el pensamiento colonial latinoamericano”, *Apuntes filosóficos*, 4, 7-52.

¹⁴ En realidad, debemos a Juan D. García Bacca la traducción de algunos fragmentos aparecidos en la *Antología del pensamiento filosófico venezolano*, Caracas, 1964. Sin

tendencias reinantes para entonces en la Universidad colonial venezolana.

El *Cursus Philosophicus* de Suárez de Urbina (1758) es expresión de la hegemónica tendencia aristotélico-tomista que caracteriza al pensamiento colonial. En él, ya desde el título, se expresa la intención de exponer la *Iuxta miram Angelici nostri Praeceptoris doctrinam*. Su carácter, definitivamente escolástico, denota sin embargo algunas tímidas inclinaciones hacia el nuevo pensamiento, sobre todo físico, del racionalismo europeo. Esta tendencia a un eclecticismo contenido y mal disimulado va a ser característica de estos pensadores caraqueños de la segunda mitad del siglo XVIII.¹⁵ Tomás, el *Sanctus, Divus Thomas, Doctor, Praeceptor Angelicus*, es, obviamente, con mucho el autor más citado. Aparece en 154 párrafos, seguido de Aristóteles (50), Agustín (8) y Porfirio (7). Pero también aparecen Descartes (3), Escoto y Maignan (2)¹⁶, Boecio, Clemente Alejandrino, Dionisio, Purchot, Molina, Platón, Séneca, Zenón y el Papa León X. Pero hay otro elemento que resulta revelador de estos nuevos tiempos, y es el especial interés que se dedica a la Filosofía Natural o Física.

El *Cursus Philosophicus*, contra lo que se pudiera esperar, no era desarrollado en el transcurso de un año según el *pensum* de la Universidad de Caracas, sino en tres, lo que se llamaba el *triennio*. El período lectivo duraba desde el 18 de septiembre hasta finales de mayo, con clases diarias de tres horas cada una, y cada hora se dividía en dos mitades: en la primera media hora el maestro dictaba y en la segunda explicaba. Por tanto, el alumno escuchaba por tres años la explicación de un mismo maestro, el cual dedicaba el primero a la *Logica* y

embargo, una parte del curso de Suárez, la Lógica, ha sido editada bajo el cuidado de Á. Muñoz, L. Velázquez y M. Liuzzo, *Cursus philosophicus Antonii Iphi. Suaretti de Urbina. Logica*, Maracaibo, 1995.

¹⁵ Acerca de este punto, son muchos los testimonios que muestran el progresivo interés y la curiosidad de los pensadores e intelectuales venezolanos por las novedades del pensamiento europeo, aun antes de la renovación emprendida por Baltasar Marrero en 1788. v. C. Parra-León, *Filosofía universitaria venezolana*, Caracas, 1934 (reimpr. Caracas 1989), pp. 42 ss., P. Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en la América Hispánica*, México, 1947 (reimpr. México, 1994), pp. 32 ss. y S. Knabenschuh, "La filosofía de la naturaleza en un manuscrito venezolano del siglo XVIII" en *Actas del II Coloquio Iberoamericano sobre Pensamiento Colonial*, Caracas, 1993, 37-50.

¹⁶ Manuel Maignan (1601-1676), franciscano francés renovador de la filosofía corpuscular del siglo XVII. Su Filosofía de la Naturaleza se opone al hilemorfismo aristotélico-tomista, lo cual le atrae las críticas de Suárez.

Summulae, el segundo a la *Physica* y el tercero al tratado *De anima* y a la *Metaphysica*.¹⁷ Pues bien, de los 170 folios del manuscrito completo, nuestro autor dedica 84 a la presentación de la *Physica*, el *De generatione* y un *Appendix* referente al mundo celeste, contra 71 dedicados a la *Logica Parva* y la *Logica Magna*, y apenas 15 dedicados al *De anima* y la *Metaphysica*, así como una llamada *Sinopsis Axiomatum*. En tan extenso como inusual espacio dedicado a la Física es donde nuestro autor cita nombres como los de Descartes y Maignan, representantes de la ‘moderna’ filosofía.

Del otro lado de la balanza están aquellos elementos que hacen del *Cursus* de Suárez un típico exponente de la Segunda Escolástica, que por estos años seguía vigente en las colonias hispanas de América. En primer lugar, debe recordarse que el manuscrito está íntegramente dictado, y por tanto, copiado en latín, según lo establecido en los estatutos universitarios, pero contra la tendencia general de la filosofía por estos tiempos, cuyos textos se redactan cada vez más en lengua vulgar, ya desde los tiempos de Descartes. En segundo lugar, repetimos que la tendencia filosófica de estos *Cursus* es marcadamente aristotélico-tomista, de acuerdo con la tradición escolástica y los preceptos establecidos por la corona española. Pero otras características acercan este manuscrito a la tradición escolástica, además de la lengua y la tendencia general de los contenidos. Ellos revelan una característica que es capital en todo el desarrollo de la cultura medieval. Se trata del respeto que estos pensadores tienen por la *auctoritas* de los antiguos, sin hacer diferenciación de que sean cristianos o paganos. Descartes y Platón, Purchot y Aristóteles. Para los escritores medievales sólo hay una división: *veteres* y *novi*. Si hay un recurso del que se valen los filósofos del Medioevo, ese es el *argumentum ab auctoritate*, del que hicieron la

¹⁷ En algunas universidades de España se permitía al alumno ingresar en cualquiera de los períodos del *triennio*, pero en Caracas éste debía esperar la finalización del ciclo, razón por la cual a menudo seguía estudios como externo en cualquiera de los conventos de la ciudad, hasta que llegaba el momento de ingresar. Ello explica la importancia de estas instituciones religiosas como centros de estudios filosóficos. Véase Liuzzo, M., “La Universidad de Caracas de 1527 a 1578”, *Actas del II Coloquio Iberoamericano sobre Pensamiento Colonial*, Caracas, 1993, pp. 17-26.

única fuente de verdad.¹⁸ Este elemento se conserva todavía en la mitad del siglo XVIII en la Universidad colonial hispanoamericana.

En cuanto a la forma, Suárez se vale en sus explicaciones de los característicos versos mnemotécnicos, tan en uso en sus antecesores escolásticos, como bien nota Ángel Muñoz.¹⁹ Además, al final de ambos *Cursus* (también el de Urbina) se incluye una *Sipnosis Axiomatum*, que es un compendio de máximas filosóficas, otro recurso pedagógico típicamente escolástico. Se trata de un compendio de 100 axiomas filosóficos que recuerdan los *memoranda* o *florilegios* medievales usados en las primeras Universidades, con ayuda de los cuales el alumno intentaba memorizar lo principal de las doctrinas. En este interesante texto, publicado bajo el nombre de *Axiomata caracensia*, destaca también el carácter aristotélico-tomista aludido, junto a incipientes *contaminaciones* de los filósofos “modernos”. Si el autor más citado es Aristóteles (*Física, Metafísica, De coelo, De anima, Analítica Posteriora, Programmata, De generatione*, etc.), no faltan autores modernos como Buffon.²⁰ Finalmente, el texto conserva aún algunas abreviaturas de origen medieval o derivadas de ellas, incluidas por el discípulo-copista, que sigue llamando a su manuscrito *codice*.²¹

Otro tanto podrá decirse del *Cursus philosophicus* de Francisco José de Urbina (1754), también orientado según la *miram Angelici nostri Praeceptoris doctrinam*. En este manuscrito el maestro expone fielmente una doctrina filosófica de la que poco después se va a apartar. En efecto, si bien el *Cursus* de Urbina expone fielmente el pensamiento aristotélico-tomista que el autor ha aprendido de su maestro Suárez, pronto perderá esta devoción, y el filósofo terminará en “franciscano y no muy devoto de Santo Tomás”.²² Sin embargo, como se ha dicho, este

¹⁸ E. R. Curtius, E. R., *Literatura europea y Edad Media latina*, Berna, 1948 (trad., México, 1989^o), p. 91: “Para la Edad Media, y todavía para el siglo XVI, los autores son ante todo autoridades científicas”.

¹⁹ Muñoz, Á., (Ed.), *Axiomata caracensia*, Maracaibo, 1994, p. 27, v. Urbina (fol. 18v.): *Assertit A, negat E, sunt universaliter ambo. Assertit Y, negat O, sunt particulariter ambo*. El texto de Suárez se encuentra ya absolutamente transcrito y traducido, por lo que puede numerarse con el número de párrafo (n.), el de Urbina, por el contrario, sólo se numerará por el número de folio, verso (v.) o reverso (r.).

²⁰ Muñoz, Á., (Ed.), *op. cit.*, Maracaibo, 1994, p 21.

²¹ *Idem*, p. 14.

²² García Bacca, *op. cit.*, p. 23.

Cursus aún no refleja esta etapa, y si hay aquí alguna diferencia con el maestro, ésta será el cambio de interés por la Filosofía Natural por el de una Psicología racional también de corte genuinamente tomista, en la que ahora toca los temas que son clásicos desde Aristóteles: la esencia del alma, potencias, actos, hábitos, sentidos, inmortalidad y espiritualidad del alma, etc. Otros filósofos más o menos contemporáneos enseñaron las oscuras sutilezas de la metafísica y la ontología tomistas dispersos por los salvajes montes y llanuras de aquella Venezuela en doma: Briceño en Trujillo, Quevedo Villegas en Coro y Valero en El Tocuyo, franciscanos todos y no dominicos como Tomás, su maestro. Ello aseguró la supervivencia de los estudios filosóficos en Venezuela, así como el cultivo de la lengua latina.

Pero la Universidad caraqueña no fue solamente el obtuso dogmatismo de la escolástica tradicional. Mucho antes de la reforma de Bolívar y Vargas en 1827, ya esta Casa de Estudios había dejado de ser la arena en que se enfrentaban franciscanos y dominicos por las sutilezas del tomismo. Ahora se estaba convirtiendo poco a poco en el receptáculo de las ideas que en Europa se discutían. Gassendi y Descartes, Leibniz y Wolf, Malebranche y Berkeley, Bacon. Locke, Condillac y Lamark, Eximeno y Verney son algunos filósofos citados por Caracciolo Parra León²³ para demostrar la amplitud de los intereses filosóficos de la Universidad de Caracas, sobre todo a partir de la reforma de Marrero de 1788.²⁴ Sin embargo, una importante oposición se va prefigurando en la entrada no sin esfuerzo de estos pensadores a las aulas venezolanas, y es la de los que se aferran a la tradición escolástica escrita y divulgada en latín contra los que entusiastas acogen las doctrinas de estos nuevos

²³ *Filosofía universitaria venezolana. 1788-1821*, Caracas, 1989.

²⁴ En este respecto, Pedro Henríquez Ureña anota en su *Historia de la Cultura en la América Hispana* (México 1994): “en el siglo XVIII circulaban muchos libros de orientación moderna: la *Encyclopédie*, obras de Bacon, Descartes, Copérnico, Gassendi, Boyle, Leibniz. Locke, Condillac, Buffon, Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Lavoissier, Laplace, se mantuvieron en circulación secreta todavía cuando se les consideró peligrosos y se prohibió su lectura”. El hecho de que en Caracas se hubiera observado tal interés por el estudio de la filosofía y la política no implica que ello no se hubiera suscitado por igual en las demás capitales coloniales. Así, la bonanza económica hispanoamericana de la segunda mitad del XVIII va acompañada de una marcada tendencia a la producción científica y ensayística, que no a la de otras formas literarias. Véase Navarrete Orta, *Literatura e ideas en la historia hispanoamericana*, Caracas, 1992.

filósofos, algunas de ellas llegadas a Caracas a través de las Antillas francesas o inglesas tal vez antes que a la Península misma.

El primero en explicar la llamada “Filosofía Moderna” desde su cátedra de artes ganada en ese año de 1788 fue el clérigo Baltasar de los Reyes Marrero (Caracas 1752-1809), quien fue maestro de Don Rafael Escalona, de reconocida influencia en la formación de Andrés Bello. Por entonces la filosofía designaba todo lo que comprendía el “Curso” o “Cátedra de Filosofía y Artes”, es decir, la física general y particular, la química, la astronomía y las matemáticas. Marrero es un personaje representativo de esa curiosidad intelectual por todo lo que acontece en el exterior que tanto caracteriza al caraqueño, pero también de una larga tradición de cultivo de saber que durante años se acunó en el Valle de Caracas. Tuvo el mérito de introducir la enseñanza de estas ciencias cincuenta años después de que Voltaire se atreviera a adoptar los principios newtonianos, atrayéndose el rechazo casi unánime de los físicos franceses. Era, como apunta Parra León, “tipo y fruto de la cultura caraqueña de la época”.²⁵ Se formó durante catorce años en el Seminario y Universidad de Santa Rosa, donde ejerció el resto de su vida. Quizás esa especial personalidad, tradicional y abierta, curiosa y rigurosa a la vez, representa el eslabón entre el clasicismo colonial y la ilustración que inspiró la Emancipación. El mismo Parra León nos recuerda que sólo se animó a estudiar filosofía, teología, cánones y ciencias naturales “luego de un profundo conocimiento de la lengua del Lacio”. Así pues, no es posible explicar la obra de Andrés Bello sin considerar la tradición de más de doscientos años de cultivo del pensamiento y las letras clásicas, pues, como bien señala Elías Pino Iturrieta, los mantuanos no despertaron el 19 de abril de 1810 “súbitamente ilustrados”.²⁶

De Andrés Bello sabemos que partió para Londres con una educación solidificada en Caracas. Fue el primero y más importante de sus preceptores el fraile mercedario Cristóbal de Quesada, reputado como el más grande latinista caraqueño de su tiempo. Éste “lo inició en los estudios clásicos con una disciplina tan severa que detuvo sus deseos de entrar en la Universidad hasta perfeccionar sus estudios de latinidad”

²⁵ *Filosofía universitaria venezolana, op. cit.*

²⁶ *La mentalidad venezolana de la Emancipación*, Caracas, 1991.

según expresión de Caldera.²⁷ Como los antiguos discípulos, Bello siguió a Quesada hasta la muerte. Cuando esto ocurrió, en 1796, ambos, discípulo y maestro, preparaban con entusiasmo una traducción del libro quinto de la *Eneida*. El padre Quesada fue un librepensador, caso singular en la Caracas de entonces, y los biógrafos chilenos de Bello no exageran cuando destacan la influencia que tuvo sobre su joven discípulo.²⁸ De espíritu libre, a Quesada le costaba tolerar la disciplina conventual. Por ello huyó y se refugió en la corte de Bogotá, donde con el falso nombre de Carlos Sucre sirvió por un tiempo como secretario del Virrey. Descubierta, fue obligado a volver a Caracas, donde se dedicó, en penitente reclusión, al estudio y la enseñanza. Se sabe que, además de enseñar a Bello el latín y las Bellas Letras, se entretenía con el joven en largas conversaciones sobre los clásicos y los filósofos antiguos.²⁹

A la muerte de su preceptor, su primer profesor universitario fue Don José Antonio Montenegro, quien no dejó tan importante huella como sí Don Rafael Escalona, discípulo y continuador de la obra de Marrero. Este fue su profesor de filosofía hasta la obtención del grado de Bachiller en Artes. Bello, refiriéndose a su maestro, decía que era “hombre de bastante mérito, que componía versos, no sólo en la lengua de Garcilaso, sino también en la de Virgilio”.³⁰ Cuando Carlos Bello fue a Venezuela en 1846, uno de los principales encargos que le hizo su padre fue el de visitar al anciano filósofo. Sin embargo, Graciela Montaldo muestra cómo Bello adquirió su profunda inquietud científica a partir del contacto que tuvo con el Barón de Humboldt en Caracas, a quien conoció cuando sólo contaba 18 años, y cuyos instrumentos y procedimientos científicos “no fueron menos deslumbrantes para el muchacho” que los escritos del sabio.³¹

Una vez en Londres, Andrés Bello se dedicó a estudiar las más recientes escuelas y movimientos filosóficos. En efecto, en carta a un antiguo condiscípulo fechada en 1824 le pregunta: “¿Y qué es de nuestra

²⁷ Andrés Bello, Caracas, 1992.

²⁸ En realidad, todos siguen la tradición instaurada por Amunátegui, quien, como se sabe, escribió la biografía de Bello dictada por él mismo en su vejez.

²⁹ Scocozza, A., *Filosofía, política y derecho en Andrés Bello*, Caracas, 1989.

³⁰ Caldera, *op. cit.*

³¹ Montaldo, G., “El cuerpo de la patria: espacio, naturaleza y cultura en Bello y Sarmiento”, en: *Esplendores y miserias del siglo XIX*, Caracas, 1993.

anciana y venerable nodriza? ¿Ha desechado ya enteramente el tontillo de la doctrina aristotélico-tomista, y consentido vestirse a la moderna?”³² De él José Gaos dijo que “si hubiera sido escocés o francés, su nombre figuraría en las Historias de la filosofía universal”.³³ Y sin embargo, sabemos que cuando llegó a la capital inglesa ya había redactado en su totalidad su *Análisis ideológico de los tiempos de la conjugación castellana*, según confiesa el mismo autor en el prólogo de la obra.³⁴ Este estudio, de una singular perfección debida sin duda a los treinta años que se mantuvo bajo el cuidado del autor antes de ser publicado, constituye un esfuerzo filológico que implica sólidos conocimientos de filosofía de la lengua como de latín. Es así como, ya en Chile, Bello escribirá su artículo “De los tiempos latinos comparados con los castellanos”, publicado póstumamente por su hijo, y que no es sino el correspondiente latino de los estudios aplicados al castellano en sus jóvenes años caraqueños.

Pero es en su poesía de esta primera época de Caracas donde más se nota la influencia de los textos clásicos grecolatinos. Sus primeros poemas aparecieron en el año 1800, “en ese período crepuscular del neoclasicismo y de comienzos del romanticismo”, como señalaba el poeta Paz Castillo.³⁵ Éste además advierte que se trata de un elemento que “no puede desecharse en la formación de su personalidad literaria”. Sin embargo, la riqueza de la poesía de Bello excede la simple clasificación según los movimientos estéticos que le fueron contemporáneos. Bello, un clásico él mismo, dotó a su poesía de una incomparable originalidad que la que felizmente se mezclan los elementos del bagaje cultural heredado con los de la avasallante realidad del trópico americano, hasta ahora inéditos para la poesía. “Es su destiempo”, dice Antonio Cussen, “este conflicto de una voz clásica con un mundo que subvierte inexorablemente todos los principales baluartes de la cultura clásica, lo que constituye el atractivo peculiar de su poesía”.³⁶ Dice asimismo Lubio

³² Academia Nacional de la Historia, *Epistolario de la Primera República*, Caracas 1960.

³³ ardao, A., *Andrés Bello, filósofo*, Caracas 1986.

³⁴ “...me he determinado a sacar esta obrilla de la oscuridad en que hace más de treinta años la he tenido sepultada”, *Prólogo a la primera edición*, Santiago 1841.

³⁵ *Introducción a la poesía de Bello*, Caracas 1981.

³⁶ *Bello y Bolívar. Poesía y política en la revolución hispanoamericana*, Caracas 1995.

Cardozo que “aprisionar a Bello dentro del neoclasicismo es un juicio débil, apoyado en analogías aparentes”.³⁷ Así, la crítica literaria podría incurrir en un grave error al confundir la profunda y sinceramente entusiasta formación clásica de nuestro sabio con los clichés de una moda literaria. Así lo expresa Graciela Montaldo, quien calibra justamente el peso de la tradición clásica en la poética de Bello:

Como ilustrado, Bello describe en la *Alocución a la poesía* el camino que debe seguir la literatura en América: un recorrido por toda la historia de la cultura, que comience con los géneros clásicos, de inspiración épica, y conjugue la descripción de la mirada nacional.³⁸

De estos diez años que transcurren desde 1800 hasta su partida para Londres se conservan nueve composiciones poéticas y un poema dramático titulado *Venezuela consolada*. Entre estos tempranos textos están su celebrada oda *A un samán* y su reprochado soneto *A la victoria de Bailén*, también destacan por su confeso cultivo del género bucólico la *Oda al Anauco* (1800), su égloga *Imitación de Virgilio* (entre 1806 y 1808 aprox.) y su poema *Mis deseos* (tal vez anterior a 1800), soneto castellano que versiona admirablemente el motivo horaciano del *Beatus ille*. En estos poemas se evidencian ya estos elementos de la poética bellista que posteriormente le será característico, como lo es la adecuación artística de los motivos y temas grecolatinos a la realidad americana. En la *Oda al Anauco*, por ejemplo, la “sonante Tetis”, la “plácida Pafos”, el Erebo y los “canes sanguinarios que apacienta Caribdis” aparecen en la “verde y apacible ribera del Anauco”, mientras que Filis, la heroína bucólica de las églogas virgilianas, es descrita “olorosa con perfumes indianos”. Lejos del artificioso transplante, no es difícil apreciar aquí la seductora versatilidad que es cualidad esencial del motivo clásico. Otro tanto habrá que decir de la *Imitación de Virgilio*, que no es más que una égloga virgiliana en octavas reales. Al volver al soneto *Mis deseos*, de acusada influencia horaciana-tibulana, vale decir que no revela de manera tan evidente su relación con el segundo épodo de Horacio, a no ser por la fuerza con que se desarrolla aquí el motivo. Todo lo contrario

³⁷ *La poética de Andrés Bello y sus seguidores*, Caracas, 1981 y “Hacia una nueva estimativa de las poesías de Andrés Bello” en: *Philobiblion*, Mérida, 1976.

³⁸ “El cuerpo de la patria”, *op. cit.*, p. 112.

deberá decirse en cuanto a la exaltación de la naturaleza americana. Así, la vida tranquila y sosegada, “lejos de los negocios” (*procul negotiis*), tiene como escenario “de Aragua a las orillas de un distrito”. Si Lubio Cardozo ha ubicado el motivo horaciano del *Beatus ille* entre los elementos de la poética bellista, deberá agregarse que éste constituye un excelente pretexto, en su bucólico carácter, para la exaltación del entorno natural americano. Bello volverá muchas veces a este motivo a lo largo de su poesía, que le servirá de desahogo durante sus años de Londres y Santiago.³⁹ Así, si el asombro y la fascinación por la naturaleza están en el más recóndito origen de la literatura americana ya desde los Cronistas, Bello está entre los primeros en explotar estos sentimientos con una intencionalidad estética, mucho antes que Heredia o Whitman. Tal vez no haga falta agregar que Bello se cuenta, además, entre los mayores horacianos de América.

La oda *A la nave* (1808), imitación también de la del poeta de Venusia (I 14) *O navis referent*, demuestra el temprano interés que despertó Horacio en Andrés Bello, si bien de una época más tardía son sus traducciones del fragmento de la sátira I 10, *Fuese Lucilio enhorabuena*, así como de las seis estrofas de la Oda II 16, *Otium divos rogat in patenti*. En todas ellas se expresa el rechazo a la ambición y la exaltación de la tranquilidad de la vida campestre que Horacio canta en su *Beatus ille*. Finalmente, merece atención el ya mencionado poema dramático *Venezuela consolada* por la originalidad de su planteamiento formal que, extrañamente, ha suscitado una exigua atención en la crítica. A lo largo de sus 344 versos se deja escuchar el mismo tono laudatorio al régimen colonial que ya predominaba en la *Oda a la vacuna*, que, con semejante título, se refiere al envío a Venezuela de la vacuna contra la viruela, enfermedad que a la sazón hacía estragos entre la población de la antigua capitanía General. Sin embargo, este poema dramático, compuesto pocos meses después, es un extenso diálogo sin acción, a la manera de las primeras composiciones trágicas. Puede pensarse en las primeras tragedias, como las *Danaides* de Esquilo, aunque el carácter alegórico de sus personajes recuerdan a los *Autos* calderonianos. Aquí, Venezuela llora la desgracia en que la viruela ha sumido a sus habitantes. Infruc-

³⁹ Cussen, *op. cit.*, pp. 201 ss.

tuosamente, el Tiempo, Cronos, trata de consolarla, hasta que Neptuno, el mar que une a la metrópoli con sus colonias, irrumpe en la escena trayendo a Venezuela la maravillosa noticia de la llegada de la vacuna. Un coro de nereidas y Tritones cantan la euforia de la buena nueva, para que, seguidamente, el Tiempo entone un laudo final a Carlos IV, el “augusto” emperador, comparado con “Titos y Trajanos” (v. 290), “Césares, Pirros y Alejandros” (v. 296).

De resto, la historia es conocida. Después de su partida a Londres, Andrés Bello nunca más volvió a Venezuela, su “patrio nido”. Tal vez por el olvido y la negligencia del país sumido en la guerra, tal vez porque los nuevos gobernantes desconfiaron de su pasado de modesto funcionario colonial, quizás porque nunca le perdonaron esas pomposas odas en que celebraba el poder imperial, llenas de nombres y epítetos famosos de dioses y héroes de Grecia y Roma, Bello nunca volvió y lo más importante de su obra poética, científica, filosófica, filológica, histórica, jurídica, legislativa y pedagógica se escribió entre Londres y Santiago de Chile. No se trata aquí de hacer un inventario de este vasto legado. Se trata de recordar que su origen y fundamento se hunden en más de dos siglos ininterrumpidos de cultivo de la lengua y los textos de Grecia y Roma en aquella modesta provincia colonial que después se llamó Venezuela.

Bibliografía

- Academia Nacional de la Historia, *Epistolario de la Primera República*, Caracas, 1960.
- Ardao, A., *Andrés Bello, filósofo*, Caracas, 1986.
- Chalbaud Cardona, E., *Historia de la Universidad de Los Andes*, Mérida, 1966, tomo I, p. 94.
- Del Rey, J.; Samudio E., y Briceño, M., *Virtud, letras y política en la Mérida colonial. Biografía del primer colegio de Humanidades en Venezuela*, Mérida, 1995.
- E. R. Curtius, E. R., *Literatura europea y Edad Media latina*, Berna 1948 (trad., México 1995), p. 91: “Para la Edad Media, y todavía para el siglo XVI, los autores son ante todo autoridades científicas”. *La poética de Andrés Bello y sus seguidores*, Caracas, 1981 y “Hacia una nueva estimativa de las poesías de Andrés Bello” en: *Philobiblion*, Mérida, 1976.
- Leal, I., *Historia de la U.C.V.*, Caracas, 1981.
- Libros y bibliotecas en Venezuela colonial. 1633-1767*, Caracas, 1979.
- Montaldo, G., “El cuerpo de la patria: espacio, naturaleza y cultura en Bello y Sarmiento”, en: *Esplendores y miserias del siglo xix*, Caracas 1993.
- Muñoz, Á., (Ed.), *Axiomata caracensia*, Maracaibo, 1994, p. 27.
- Oviedo y Baños, J., *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, Caracas 1824 (reimpr. Caracas, 1992), p. 235.
- Porras Cardozo, B., *El ciclo vital de Fray Juan Ramos de Lora*, Mérida 1992, p. 104; Leal, I., *Documentos para la historia de la educación en Venezuela*, cit. por Tejera, op. cit., p. 362; Rodríguez, Á., *La Universidad en la América Hispana*, Madrid, 1992, pp. 287-293.
- Scocozza, A., *Filosofía, política y derecho en Andrés Bello*, Caracas, 1989.
- Tejera, M. J., “La decadencia del latín como lengua del saber en Venezuela”, *Praesentia*.
Revista Venezolana de Estudios Clásicos, 1 (1995): 359-380.

Mariano Nava Contreras

(Maracaibo, Venezuela, 1967) es Licenciado en Lenguas y Literaturas Clásicas por la Universidad de Los Andes de Mérida, Venezuela, y Doctor en Filología Clásica por la Universidad de Granada, España. Es Profesor de Lengua Griega en la Universidad de Los Andes de Mérida desde 1991, y en el Doctorado de Lingüística de la misma Universidad desde 2003. Ha publicado cuatro volúmenes de relatos: *Cuentos de los cuentos que nos contaron* (1993), *El blues de la cabra mocha* (1995), *Vidas, hechos y palabras de ilustres filósofos difuntos* (1995) y *Culo 'e hierro* (2004), y uno de ensayos: *Envuelto en el manto de Iris. Tradición Clásica y Literatura venezolana de la Emancipación* (1996). Tradujo, junto con Javier Campos Daroca, los fragmentos de Crisipo de Solos (Madrid, 2005). Entre sus estudios se cuentan *La curiosidad compartida. Estrategias de la descripción de la naturaleza en los historiadores antiguos y la Crónica de Indias* (Academia Nacional de la Historia, Caracas, 2007) y *Estudios sobre pensamiento antiguo* (Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 2007). Ha sido profesor invitado en la Universidad de Almería, España, e investigador invitado en las universidades Laval (Quebec, Canada) y de la Sorbona en París.

Recibido en: 04/10/2006

Aprobado en: 06/11/200

